

inmovilidad de los fugitivos espantados en la laguna fangosa de la retaguardia, *que tan recomendable hacia la posición* según el general Santa Anna. Los prisioneros fueron como 600. Ningún jefe escapó. Apenas 70 soldados y 9 oficiales se salvaron.

El Sr. Martínez Caro cayó prisionero, y fué después llevado al campo de batalla por orden de Houston, para que buscarse y recogiese el archivo de la secretaría particular del general Santa Anna. Cumpliendo esta orden, el Sr. Martínez Caro pudo juzgar bien del desastre, y nos lo hace conocer en pocas y precisas palabras.

« (1) A mí solo estaba reservada la aguda pena de ver nuestro campo después de la acción. El primer espectáculo y cuya impresión no he podido aun desvanecer, fué la vista del general Castrillón; desnudo ya, y en la misma forma, y á poca distancia, los coroneles Peralta y Treviño y teniente coronel Luelmo, otros oficiales que desconocí y como 50 soldados, no pasando á más los muertos en este punto, que era nuestra línea de batalla. Continué hasta el bosque, distante unos cien pasos, y á mi llegada ya había encontrado nuestro dicho soldado la escribanía que buscábamos. Sentéme un rato á respirar, si es que respirar se podía, en aquel sitio de luto y de dolor, y ocupado en las más tristes

(1) Martínez Caro, *Obra citada*, pág. 32.

reflexiones, me preguntaba ¿dónde están nuestras seiscientas víctimas? »

« La llegada del ayudante, que me había dejado solo, me hizo advertir nuestra partida. Al emprenderla, le manifesté no creía fuese tan crecido el número de muertos como se decía, pues tanto en la línea, como en todo el círculo que nos rodeaba, seguramente no pasaban de 100. Quiso satisfacer mi curiosidad, y me condujo á la entrada del camino por donde se había emprendido la retirada; y á lo que alcanzaba la vista observé á derecha é izquierda, dos hileras de cadáveres, todos nuestros. Conmovidó de este triste desengaño, ojalá hubiera sido el último, tuve el amargo dolor de que me condujera á un pequeño arroyo á la entrada del bosque, en donde infinidad de muertos, apiñados unos sobre de otros, podían servir de puente: « Aquí, me dijo, se precipitaron en tanto número y confusión, que convirtiendo el agua en un espeso lodo é imposibilitando el vado, nuestros soldados, en el calor del combate, hicieron esta matanza. »

Aun cuando hubiera habido sorpresa, por falta de vigilancia, la derrota no hubiera alcanzado las terribles proporciones de una catástrofe completa, sin la posición escogida por el general Santa Anna y definida por él *como ventajosa*, teniendo una laguna fangosa á la retaguardia que fué lo que ocasionó la pérdida del mayor número de solda-

dos. Lo notable es que el general Santa Anna hizo su *manifiesto* á sangre fría un año después de esa batalla, y no obstante la prueba plena que le dió la *laguna fangosa*, de que no debe haber agua á la retaguardia de un campamento, no aparece convencido, sino que dice aún á la nación, que es ventaja tener agua á la retaguardia, prueba que ni la soledad, ni el tiempo, ni la reflexión ahuyentaban su crasa ignorancia militar.

* * *

Houston sabía que el ejército mexicano carecía de provisiones para sostener enérgicamente y por largo tiempo la campaña, y sabía que si nuestro ejército se resolvía á vivir sólo del merodeo y del pillaje, tendría que fraccionarse para así subsistir más ó menos tiempo; pero en ningún caso podía ser éste muy largo. Su plan, fué el que nos expone Filisola; concentrarse y maniobrar para no presentar combate, hasta que las fuerzas mexicanas se fraccionasen para subsistir, ó por la torpeza de su general en jefe, y entonces batir á la fracción que ofreciese más ventajas.

Houston supo oportunamente la marcha de los 700 infantes y 50 caballos á Harrisbourg al mando de Santa Anna, y sus noticias se confirmaron cuando aprehendió al capitán Miguel Bachiller,

enviado por Filisola á Santa Anna, para entregarle pliegos recibidos de la ciudad de México, y la comunicación en que Filisola participaba á Santa Anna que ya cumplía con la orden de enviarle al general Cos con 500 infantes, como lo había pedido.

Houston comprendió todo el valor táctico de un bosque para resistir un ataque, sin grave riesgo de resultados decisivos. Entre los 783 hombres que tenía Houston, figuraban 200 desertores del ejército americano de observación é invasión, que al mando del general Gaines ocupaba la línea divisoria con los Estados Unidos. El resto de la fuerza de Houston eran cazadores y contrabandistas, gente bien armada, que apuntaba al tirar, dominaba admirablemente su arma y conocía la vida, la actividad y la táctica de pequeños combates en bosques, pues muchos habían hecho por cuenta del gobierno americano ó de los Estados sudistas, la guerra á los indios bárbaros. El combate dentro de un bosque es un combate de tiradores fortificados con los árboles y obrando casi libremente. El fuego debe ser de puntería, cosa que no conocían nuestros soldados, pues muchos de ellos no habían practicado siquiera el fuego de pelotón. Las ventajas del combate en bosque eran para Houston, y así fué comprendido el día 20 en la junta de jefes rebeldes que trató del asunto.

« Poco antes del medio día (del 20), tuvo lugar un consejo de guerra, en el que tomaron parte los coroneles Burlerson y Sherman y tenientes coroneles Milliard, Somerville, Bennett y el Mayor Weills. El punto á discusión fué: « ¿Atacamos al enemigo ó esperamos su ataque (1)? » Weills y Bennett opinaron por atacar al enemigo y los demás por esperar el ataque, resolución definitivamente adoptada por Houston. Como el jefe rebelde, por la captura del capitán Bachiller conocía que el refuerzo enviado á Santa Anna por Filisola sería de 500 hombres, sin más artillería, resultaba que el enemigo conocía perfectamente el efectivo del ejército mexicano, mientras éste no conocía el del enemigo.

El día 21 de Abril, Houston mandó exploradores, como era debido, á observar el campamento mexicano. Siguiendo el bosque que ocupaba Houston, marcharon sin ser vistos hasta llegar al bosquecillo limitado por la laguna fangosa, que se hallaba á la retaguardia del campamento de Santa Anna. Los exploradores treparon á los árboles para examinar el campamento y vieron casi á la izquierda de la laguna y donde ésta se estrechaba para recibir las aguas del arroyo ó pequeño río, un puente de madera, y vieron además, que la fuerza de reserva dormía en el bosquecillo, que la caballada

(1) Yoakum, *History of Texas*, tomo II, pág. 208.

estaba desensillada, los soldados dispersos ó haciendo su rancho, lejos de sus armas en pabellón, y los jefes dentro de sus tiendas, lo mismo que la mayoría de los oficiales ó jugando á los naipes.

Inmediatamente quemaron el pequeño puente y pusieron en conocimiento de Houston que no había en el campamento de Santa Anna servicio de vigilancia exterior ni interior y que la tropa estaba dormida una parte, y comiendo disperso el resto. Houston inmediatamente aprovechó la ocasión que se le presentaba de dar un golpe mortal, irresistible, total á Santa Anna y sus fuerzas, y dispuso atacar el ala derecha de Santa Anna, saliendo del bosque que estaba á su frente á 200 yardas (medio tiro de fusil), y por donde no había artillería haciendo que la caballería apenas 60 jinetes atacasen por el frente. Con una precisión extraordinaria se organizaron las columnas que ejecutaron su movimiento de avance con inaudita rapidez, obteniendo el espléndido triunfo que conocemos.

*
**

Mirando el plano de la batalla de San Jacinto que figura en la mayor parte de las obras norteamericanas, que se ocupan de la guerra de Texas; se ve una llanura irregular rodeada sin interrup-

ción por espesos bosques, es decir rodeada por un solo bosque, pues todos se comunican. Este bosque que rodea la llanura, está en contacto con Harrisbourg y con diversos cursos de agua que en gran parte también circundan á la llanura, pues siguen casi todo el límite exterior del bosque. Houston ocupaba el bosque cuando llegó el general Santa Anna á la llanura. Como campamento debió escogerse un punto que distase por lo menos de todo el perímetro del bosque que circundaba la llanura, más de mil metros, para que el campamento establecido en ese punto, estuviese fuera de tiro largo de cañón, conforme al alcance que en 1836 tenía esa arma. Como los planos de la batalla de San Jacinto no presentan completa la llanura, ignoro si existirá ese punto en esas condiciones.

Un campamento debe tener libre su frente y su retaguardia y apoyados sus lados en posiciones fuertes ó *en cursos* de agua. Y si no se encuentra apoyo para las alas y se trata de soldados bisoños ó que por cualquier motivo no son de primer orden, deben fortificarse muy ligeramente las alas, siempre que se sepa cuáles son las alas. Pero esto no es posible cuando el campamento está rodeado por un bosque espeso, porque entonces el enemigo puede estar en todas partes ó en ninguna y no se puede decir qué punto del campamento corresponde al frente del enemigo, ni cuál es la retaguardia ni

las alas. En este caso es preciso campar en cuadro, siempre que los lados del cuadro estén fuera de tiro de cañón del bosque circundante. Campar en cuadro, tropas nuevas, exige fortificación de campaña y por lo menos cuatro piezas de artillería; y si esto no se consigue, vale más irse á campar á otra parte para penetrar al bosque por su perímetro exterior si esto se juzga conveniente.

Ya en 1836, eran conocidos como axiomas de estrategia, puesto que eran clásicos: que un bosque que no se ocupa, pegado á un campamento quiere decir: « *Sorpresa inminente* », y que un curso de agua sin puente, ó una laguna á retaguardia y á la izquierda quiere decir: « *Triunfo ó desastre absoluto* ». De manera que en buena apreciación militar, la posición de Santa Anna, tenía este letrero trágico: *Calástrofe inminente*. La posición por sí sola tenía una muy lúgubre significación para nuestras tropas.

Si á esto se agregaba la falta completa de servicio de vigilancia exterior é interior que debe garantizar de sorpresas á todo campamento; el desastre tenía que ser inevitable ante un enemigo capaz de aprovecharse. Era de día y nada importaba que la tropa durmiese, pues es mejor que duerma de día que de noche, tampoco es censurable que el general Santa Anna se haya entregado al sueño que lo vencía á las tres de la tarde. Un buen ge-

neral cuando siente que su campamento está en peligro, vela durante la noche y duerme de día. Tampoco es censurable que los soldados hicieran su rancho, pues en todo campamento se debe comer. Lo censurable es que se haya escogido para campar un punto que exigía que los soldados, no comiesen, no durmiesen ni descansasen, además de una exquisita vigilancia para conjurar el peligro inminente de la sorpresa, sin que se conjurase el de la desventaja, porque el agresor siempre estaba defendido por el bosque, hasta permitirle éste, atacar impunemente á la distancia de 200 yardas. La torpeza de campar con un curso de agua á retaguardia y á la izquierda, no se podía neutralizar más que yéndose á mejor parte.

Si Houston no sorprende á Santa Anna, al día siguiente este general hubiera atacado á los rebeldes en su espeso bosque. ¿Qué hubiera resultado? He insistido mucho en dar á conocer que los encuentros en el interior de los bosques se caracterizan entre buenas tropas por su falta de resultados decisivos y exigen mucha habilidad en los jefes, mucha serenidad y mucha disciplina en los soldados para verificar las retiradas, como los beligerantes casi no se vén, sus movimientos son misteriosos, y son fáciles los ataques de los flancos ó retaguardias, sobre todo, cuando los efectivos son pequeños. Ser flanqueado en un bosque no tiene

el peligro que en terreno limpio. En un bosque el ofensor se halla en el mismo caso que el ofendido, de ignorar la verdadera posición de su contrario, y en muchos casos de su fuerza.

Pero en el ejército mexicano había un inconveniente grave para el combate en bosque. Ni su temperamento, ni su instrucción, ni su disciplina lo hacían propio para las retiradas en buen orden. El ejército mexicano era notable porque sólo tenía dos modos de terminar un encuentro : la victoria ó el desastre. Nada de retirada, nada de reorganización después que se experimenta la desorganización que imprime la derrota. Una vez que nuestras tropas se desordenaban y daban la espalda, seguía la desbandada, el pánico, y una derrota que podía ser ligera, se transformaba siempre en cataclismo. Este peligro era muy grande en el caso de Santa Anna, porque siendo casi imposible el resultado decisivo en bosque inmenso, y pequeño efectivo; casi no tenía probabilidades de triunfo y sí casi todas de conseguir el desastre, no por la acción del enemigo, sino por la naturaleza de nuestras tropas, cuya disciplina jamás llegaba á satisfacer el caso de retirada en orden.

El general Urrea que tenía bravura, pero muy poca instrucción, comprendía por un instinto militar superior, lo que significaba un bosque, pues cuando se apresuró á impedir que Fannin pene-

trara á un bosque inmediato, enviando al galope la caballería, dice :

« y dispuse que la caballería alcanzase á todo escape, para cortarle la retirada al tiempo mismo que trataba aquél de ocupar un bosque, del que hubiera sido *difícil si nó imposible desalojarlo* (1). » Y si esto creía Urrea cuando Fannin tenía 280 hombres y él 1100, casi cuatro veces el efectivo de su enemigo, qué debería haber pensado Santa Anna teniendo 1100 y Houston 800, que podían haber sido reforzados como en efecto lo fueron la tarde del 22 por 240 voluntarios procedentes de las inmediaciones de Harrisbourg. Y si á esto se agrega que la mayor parte de los soldados que había traído el general Cos eran reclutas, no quedará duda del fracaso que debió experimentar el general Santa Anna al atacar el bosque el 22.

(1) Urrea, *Diario de sus operaciones*, pág. 18. Filisola, *Guerra de Texas*, tomo II, pág. 421.

CAPITULO XVIII

LA RESPONSABILIDAD DE LA RETIRADA DESPUÉS DEL DESASTRE.

La batalla de San Jacinto cerró con un crespón de ignominia la campaña de Texas en la que tantas esperanzas había colocado la nación. ¿Porqué la destrucción de 1,150 hombres de un ejército que se había anunciado vencedor en todas partes dió á un enemigo que se había presentado con 800 hombres *despavoridos*, el triunfo sobre los cuatro mil mexicanos que aun quedaban?

Nuestra llamada historia ha respondido : « Habiendo exigido el jefe vencedor á Santa Anna que hiciera retirar á todas las tropas mexicanas del territorio de Texas, envió éste una orden al general D. Vicente Filisola, que era el segundo jefe del ejército y que tenía á sus órdenes más de 4,000 hombres para que se retirara al otro lado del Río Colorado dejando así libre el territorio á los usurpadores » « En ella (en la junta de generales) se resolvió el 25 de Abril la evacuación del territorio pasando al otro lado del Río Colorado y esperar allí las órdenes del Gobierno y re-